
Vida fraterna
a partir de
la RB 63²

CuadMon 146
(2003) 341 - 363

1. *El capítulo 63 de la RB leído en mi comunidad*

Cuando se me sugirió la posibilidad de reflexionar sobre la vida fraterna en comunidad a partir de la RB 63, me di cuenta de que uno de los lugares hermenéuticos importantes sería mi propia comunidad. Así que, aprovechando una de nuestras reuniones semanales, escuché las impresiones de los hermanos sobre este capítulo, sin la pretensión de hacer una exégesis científica del mismo. Sólo se pusieron en común las impresiones principales que surgían de la lectura de este capítulo, teniendo - imposible que no fuera así- la propia experiencia de la escucha diaria de la RB y de la lucha por la vida fraterna en la comunidad. Esta experiencia fue compartida por todos: monjes, profesos temporales, novicios y postulantes.

a) *Visión general del capítulo*

- San Benito quiere disciplinar la relación fraterna.
- San Benito quiere que haya en ella el mismo respeto que existe en las relaciones familiares. En el monasterio hay, como en nuestras familias, una cierta jerarquía en relación con los más ancianos.
- San Benito propone una estructura militar:

¹ Abad del Monasterio Nossa Senhora de São Bernardo, de São José do Rio Pardo, Brasil, y Presidente de CIMBRA.

² Texto de la conferencia pronunciada en el IX Encuentro Monástico Latinoamericano, Lo Cañas - Santiago de Chile, 11 al 18 de noviembre de 2002.

disciplina y orden. Pero honrar y trabajar se relacionan con la caridad fraterna.

- El respeto a los mayores es condición para aprender a ser humilde. Consiste en el respeto a la jerarquía y en la obediencia³.

b) El monasterio

- Lugar donde se aprende a vivenciar el honrar al otro, el amor y el respeto.
- Disciplina-amor-respeto deben existir para vivir en comunidad.
- Lugar donde, en la relación cotidiana, se crea fraternidad.
- No es una pensión de estudiantes y tampoco un grupo de solterones que viven juntos.

c) Relación fraterna

- Es importante tratar a los hermanos con respeto. Tratar por el apodo es una falta de respeto. Se perdió la costumbre de llamar al otro "hermano". Al dejar de lado el tratamiento respetuoso en el modo de llamar al otro, se está decretando el desorden. Cuando el respeto y el amor dejan de existir, aparecen la persecución y la perturbación.
- La comunidad no es algo acabado ni listo: se va construyendo. Varios tipos de personas la configuran. Es necesario saber respetar la etapa de cada uno y creer realmente que Dios habla también a través de los más jóvenes.
- Al leer el capítulo, se percibe que san Benito no quiere acepción de personas en la comunidad. Estamos en el monasterio por un llamado divino. No fuimos llamados por nuestra dignidad civil ni por nuestras capacidades.
- La relación fraterna es requisito para la paz en la comunidad. Se debe aprender a convivir hasta con los niños.

d) El abad

- Entre la jerarquía de la comunidad, el abad aparece como la

³ Los hermanos utilizaron el término "jerarquía". Es interesante notar que el capítulo hace pensar en el monasterio organizado de manera piramidal. "Jerarquía" aquí no es visto como un principio sagrado, sino como estructura que determina relaciones, derechos y deberes.

figura más importante.

- Él debe imponer un orden y disciplina en la casa, de modo que, cuando esté ausente, todo se desarrolle en paz, y no se verifique el proverbio que dice: “cuando el gato sale, los ratones hacen fiesta”.
- El abad debe organizar todas las cosas para propiciar la perfección de la vida fraterna.

Dejando de lado las impresiones de mi comunidad, que pueden coincidir con las de los hermanos y hermanas de tantas otras comunidades, vamos a reflexionar sobre algunas riquezas que nos trae la RB 63.

2. Descubriendo la vida fraterna en la RB 63

Partir del capítulo 63 para hablar de la vida fraterna no ha sido una opción casual, ya que se puede detectar una línea creciente, referida a la vida fraterna, que va ligando la RB 63 a la RB 72, capítulo que se torna el ápice de toda la Regla.

El capítulo 63 presenta la temática del *ordo*. Este tema merecería toda una consideración aparte. La palabra, con sus implicaciones, aparece más de veinte veces en la RB⁴. No es solamente una cuestión disciplinar, sino que indica una construcción armónica de relaciones en la comunidad. Es una cuestión práctica. La vida comunitaria es práctica, no teórica. La comunidad, para su buen desarrollo, necesita orientaciones precisas.

Nuestro capítulo en cuestión se divide, nítidamente, en tres partes:

1. vv. 1-9: orden para la construcción de la paz
2. vv. 10-17: honrarse mutuamente
3. vv. 18-19: los de menor edad.

La primera parte del capítulo se inicia con la resolución de que el orden de precedencia en la comunidad sea determinado por el tiempo de *conversatio*, por el mérito de la vida o por la decisión del abad. En realidad son dos normas, ya que quien decide el asunto del mérito de la vida es el

⁴ RB 18T; 58T; 63T; 2,19; 11,2.4.5.7.11; 13,12; 17,1.5; 18,5.18.20; 21,4; 38,12; 43,4; 44,5; 47,2; 48,15; 58,9; 60,1; 63,1.4.5.18; 64,2; 65,20

abad. Se trata de una primera escena, en donde el personaje principal aparece únicamente en el último término: *utque abbas constituerit*.

En realidad, quien constituye el orden y es el principal artífice de la armonía en la comunidad, es el abad. Son tantas las cosas que tiene que hacer y no hacer para conservar el orden, esa tierra preparada para poder sembrar la paz. El abad en la RB es un sujeto “arbitrario”, que no debe cometer “arbitrariedades”. Siempre se le recuerda que deberá dar cuenta a Dios⁵. En este espíritu deberá él constituir y disponer las cosas⁶.

Si el abad es el que constituye y dispone, entonces ya estará haciendo mucho no siendo turbulento ni perturbador de la paz de su rebaño. Al abad se le pide, en este capítulo 63, no perturbar la paz de su rebaño. *Conturbare*, es un *hapax* en la RB. Es posible pensar que esta advertencia de Benito, que aparece con una expresión única en toda la Regla (*non conturbet gregem*) quiere referirse de modo especial, en lo que hace a las relaciones fraternas, a la responsabilidad del abad en relación con la paz y la armonía de la comunidad. De hecho, todas las cosas que el abad

⁵ Cfr RB 2,34.37.38.39; 3,11; 31,9; 36,10; 63,3; 64,7

⁶ Importante colocar aquí no sólo las citas, sino también los textos, para que nos auxiliemos a visualizar cómo se logra la construcción de la caridad y de la paz en la comunidad. El abad constituye y dispone: RB Prol 45-46: *Constituenda est ergo nobis dominici schola servitii. In qua institutione nihil asperum, nihil grave nos constituros.*

RB 2,4: *Ideoque abbas nihil extra praeceptum domini quod sit debet aut docere aut constituere.*

RB 3,6: *Sed sicut discipulos convenit oboedire magistro, ita et ipsum provide et iuste concedet cuncta disponere.*

RB 21,7: *Et de praeposito eadem constituimos (cf. RB 65,11.12; 71,3).*

RB 40,2: *...et ideo cum aliqua scrupulositate a nobis mensura victus aliorum constituitur.*

RB 41,5: *Et sic omnia temperet atque disponat, qualiter et animae salventur et quod faciunt fratres absque iusta murmuratione faciant.*

RB 43,5: *...sed ultimus omnium stet aut in loco, quem talibus negligentibus seorsum constituerit abbas, ut videantur ab ipso vel ab omnibus.*

RB 61,11-12: *Quem si etiam talem esse perspexerit abbas, liceat eum int superiori aliquantum constituere loco. Non solum autem monachum, sed etiam de suprascriptis gradibus sacerdotum vel clericorum stabilire potest abbas in maiori quam ingrediuntur loco...*

RB 65,12: *Et si potest fieri per decanos ordinetur, ut ante disposuimus, omnis utilitas monasterii, prout abbas disposuerit.*

El versículo 11 de este mismo capítulo 65 indica por qué el abad tiene que constituir y disponer: *propter pacis caritatisque custodiam in abbatis pendere arbitrio ordinationem monasterii sui.*

constituye o dispone están dirigidas al progreso del rebaño⁷. No perturbar el rebaño, sino hacerlo crecer, proporcionando un ambiente favorable a la caridad: he aquí para qué el abad dispone y constituye todas las cosas.

De acuerdo con el padre De Vogüé, en lo que dice respecto al orden en la comunidad, Benito estaría reproduciendo una norma pacomiana transmitida por San Jerónimo⁸. Asumiendo la afirmación de este tan ilustre estudioso de la RB, consideremos que esta prescripción es anterior a San Benito y que posee una cierta tradición que se liga a principios de vida cristiana relacionados con la realidad bautismal. En la vida en Cristo y en la Iglesia, el cristiano tiene otra condición, que no considera su edad cronológica (nació de nuevo) y su posición social. El propio padre De Vogüé nos invita a hacer este “viaje”: *“La profesión monástica tiene los mismos efectos que el bautismo: cancela radicalmente las calificaciones y descalificaciones anteriores. Como los cristianos al salir de la fuente bautismal, los monjes son hombres nuevos, ‘todos uno en Cristo’, sin huellas de un pasado que no cuenta más”*⁹. La RB toma esta realidad bautismo-profesión y la coloca como fundamento de la relación fraterna en la comunidad.

De hecho, en la RB 2,18-21¹⁰ está el fundamento escriturístico del orden de la comunidad tal como aparece en el capítulo 63. El grupo de citas-alusiones bíblicas de estos versículos de la RB 2, nos lleva a una seria

⁷ Se puede entrever en estos dos versículos iniciales una estructura que subraya el *non conturbet*. En el v. 1 tenemos aquello que tantas veces aparece como función del abad en la RB, como vimos en la nota precedente: *...abbas constituerit*, y en el final del v. 2 el otro verbo que puede, en muchos casos, ser sinónimo del anterior: *...abbas... disponat*. Estos dos verbos sirven como de moldura para *conturbare*, realzando así esta advertencia, que está ligada a la vida fraterna. Así tenemos:

v. 1: *... abbas CONSTITUERIT.*

v. 2: *... abbas NON CONTURBET.*

... abbas nec iniuste DISPONAT aliquid.

⁸ DE VOGÜÉ, A. *La Regola di S. Benedetto. Commento dottrinale e spirituale*. Edizioni Messagero di Padova-Abbazia di Praglia 1984, p. 414

⁹ *Id.*, p. 415

¹⁰ «No anteponga el nacido libre al que proviene de condición servil, a no ser que exista otra causa razonable para eso. Mas si le parece al abad que debe hacerlo por cuestión de justicia, hágalo sea cual sea la condición social. De lo contrario, mantengan todos sus propios lugares, porque siervo o libre, somos todos uno en Cristo y bajo un solo Señor caminamos sumisos en la misma milicia de servidumbre: “Porque no hay en Dios acepción de personas”».

reflexión sobre la naturaleza de la realidad bautismal en nosotros¹¹. Por el bautismo el cristiano es realmente una nueva criatura. En Jesucristo el ser humano es recreado. Todos, indistintamente, fuimos adoptados como hijos, herederos de Dios, co-herederos de Cristo. Fuimos revestidos de Cristo. Pertenece a Cristo. Formamos parte de su Cuerpo, que es la Iglesia. El mismo Espíritu nos fue dado, este Espíritu que en nosotros clama “Abbá”. Es una osadía llamar a Dios “Padre”, pero el cristiano puede hacerlo, pues tiene el mismo Espíritu del Hijo. Es como si una realidad nueva hubiese mudado su ADN original. El cristiano, por tanto, en Cristo, puede amar como Él amó. De esta forma, las relaciones fraternas asumen otra dimensión. Benito tiene delante de sí esta realidad bautismal y la “profundización” de ella, que trae consigo la profesión monástica.

La conclusión práctica de Benito en la RB 63, sin descuidar los fundamentos de naturaleza ontológica del cristiano, dados por los textos paulinos, está mucho más en la línea de los *Hechos de los Apóstoles*. Lo que el bautismo produce en el cristiano - y eso asociado a la profesión monástica - implica para Benito una realidad social de hecho. Pablo llegó a los fundamentos ontológicos, los *Hechos* y Benito expresan en lo cotidiano lo que significa esta realidad nueva, en la cual “no hay acepción de personas”¹². Como las “fotografías” que *Hch 2* y *Hch 4* presentan de la comunidad primitiva de Jerusalén, donde la comunidad era dirigida por los apóstoles (los padres en la fe) y poseía una “jerarquía carismática” que era determinante en las relaciones horizontales¹³, así, parece que Benito toma la realidad jerárquico-carismática de la comunidad primitiva y la hace determinante en las relaciones verticales de la comunidad monástica: abad/más viejos: jerarquía y carisma; *conversatio*: momento en que se abraza la fe. En la comunidad monástica lo que importa es la vida nueva en Cristo, que adviene con la profesión monástica. El bautismo nos hace

¹¹ Ef 6,8: ...teniendo en cuenta que el Señor retribuirá a cada uno el bien que haya hecho, sea él esclavo o libre; Rm 2,11: Porque Dios no hace acepción de personas; Ga 3,28: No hay judío ni griego, esclavo ni libre, no hay varón ni mujer; porque todos ustedes no son más que uno en Cristo Jesús.

¹² Me parece difícil comprobar eso basándonos únicamente en el texto de la RB 63. Se me ocurre en primer lugar una asociación de ideas: bautismo-comunidad-vida fraterna. De aquí surge la imagen de la comunidad de Jerusalén, que no es olvidada por Benito en la RB, como por ejemplo en la RB 55,20.

¹³ Hch 2,42-46: Ellos eran asiduos a la enseñanza de los apóstoles, a la comunión fraterna, a la fracción del pan y a las oraciones...; Hch 4,32-35: La multitud de los que habían creído tenía un solo corazón y una sola alma. No había necesitados entre ellos... Se distribuía a cada uno según sus necesidades.

miembros del Cuerpo de Cristo, que es la Iglesia; la profesión monástica nos hace miembros del “Cuerpo de Cristo”, que es el monasterio. El orden de precedencia, por consiguiente, tiene un carácter mucho más carismático que disciplinar: evidencia el carisma y la misión del abad y de los que son hermanos más antiguos en la fe (*conversatio*) con relación a los hermanos más jóvenes, al ocupar cada uno su lugar conforme al tiempo de *conversatio*.

Una vez colocados los fundamentos de las relaciones verticales en la comunidad, la segunda parte de nuestro capítulo pone en evidencia las relaciones horizontales que se dan en ella. De hecho la RB 63,17 establece una finalidad: «para que se haga lo que está escrito: “Anticipense unos a otros en las señales de honor”». Tenemos así una red de relaciones en la comunidad:

IUNIORES:

- *priores suos honorent*
- *priores suos nonnos vocent, quod intellegitur paterna reverentia*
- *priorem benedictionem petat*
- *surgat et det ei locum sedendi*
- *nec praesumat consedere nisi ei praecipiat senior suus*

Nótense los tonos imperativos dirigidos a los más jóvenes.

MAIORES:

- *minores suos diligant*
- *iuniores suos fratrum nomine*

OMNES:

- *in ipsa appellatione nominum nulli liceat alium puro appellare nomine*
- *honore invicem praevenientes*

ABBAS:

- *dominus et abbas vocetur*
- *non sua adsumptione sed honore et amore Christi*
- *cogitet et sic se exhibeat ut dignus sit tali honore*

Contemplando esta red de relaciones, se tiene una primera impresión de que no se trata de relaciones horizontales. Los *iuniores* parecen tener más deberes para con los *maiores*, y el *abbas* está en un pedestal

por sobre todos. Es una apariencia, a pesar de los imperativos dirigidos a los inferiores.

La segunda parte de nuestro capítulo nos presenta una serie de relaciones “familiares”. *Honorare* (honrar) y *diligere* (amar con elección) distinguen estas relaciones. La *dilectio* (el amor) que se prescribe a los más viejos, presenta un movimiento descendente. Es una respuesta al ser honrados por los más jóvenes. Puede parecer una relación fría, pues el término “honrar” aparece más veces que el de “amar”. No se puede, sin embargo, separar el honrar del amar. El consentimiento matrimonial une estas dos cosas: “amarte y respetarte...”.

La determinación de que nadie llame al otro por el simple nombre, impone un sentido de respeto y dignidad. El otro no se puede tornar un objeto de mi intimidad. El abad es “horizontalizado”, en un cierto sentido, por ser tratado no por su persona, sino por amor y honra a Cristo, y es llamado a vivir en este espíritu. Sin embargo, todas las relaciones “familiares” son determinadas en referencia a Cristo, pues la determinación del orden de precedencia en la comunidad está ligada al tiempo de conversatio, es decir, al tiempo de camino hecho en la fe y de crecimiento en Cristo, presuponiendo que quien lleva más tiempo en el monasterio tiene más vida en Cristo. De este modo es como los *maiores* deben amar (*diligant*) y los *iuniores* honrar (*honorent*). Amar es propio de Cristo: “Cristo amó a la Iglesia y se entregó por ella.” (Ef 5,25). Según esto, quien está hace más tiempo en Cristo debería amar más. Los más jóvenes son llamados a caminar del temor (respeto-honra) al amor. Tal vez por este motivo, porque se trata de algo que implica un intenso aprendizaje, se les pida esto a ellos.

La comunidad monástica es una familia. Es verdad que en ningún lugar de la RB la comunidad monástica es explícitamente nombrada como familia. No obstante, si tenemos al abad que es padre, se establece una relación paterno-filial. Ahora bien, este tipo de relaciones se da en una familia. Este abad no es llamado solamente “padre espiritual”, lo cual podría llevar a una idea abstracta de familia, sino que también es llamado “paterfamilias” (cf. RB 2,7). Alguien podría objetar que este título viene de la estructura familiar romana, donde el *paterfamilias* tenía un poder arbitrario entre los miembros que le pertenecían; no sería, por tanto, comparable a nuestro modelo de padre de familia. Con todo, no vemos de modo alguno que se atribuya a la figura del abad benedictino, el poder arbitrario del *paterfamilias* romano: el abad debe consultar para las decisiones, debe recordar que deberá dar cuentas a Dios, debe construir la paz, etc. Por lo tanto, aunque Benito haya utilizado el término

paterfamilias, él está iluminado por la perspectiva nueva del Evangelio. Así, la comunidad monástica es de hecho una familia.

Si el fundamento bíblico de la primera parte de nuestro capítulo es la mentalidad nueva de la igualdad en Cristo, el sustento bíblico de la segunda parte parece ser la familia cristiana, la unidad en Cristo manifestada en el Sacramento del Matrimonio, que funda la familia cristiana.

“Sométanse unos a otros en el temor de Cristo. Las esposas estén sometidas a sus maridos como al Señor porque, el varón es cabeza de la mujer, como Cristo es cabeza de la Iglesia, salvador de su cuerpo. Así como la Iglesia está sujeta a Cristo, estén las mujeres sujetas a sus maridos en todo. Maridos, amen a sus esposas como Cristo amó a la Iglesia y se entregó por ella, a fin de purificarla con el baño del agua y santificarla por la Palabra, para presentarla delante de Sí mismo como Iglesia gloriosa, sin mancha ni arruga, ni nada semejante, sino santa e inmaculada. Del mismo modo, los maridos deben amar a sus esposas como a sus propios cuerpos. Quien ama a su mujer se ama a sí mismo, porque nadie menosprecia su propio cuerpo, antes bien lo alimenta y lo cuida, como también hace Cristo con la Iglesia, porque somos miembros de su Cuerpo... En resumen que cada uno de ustedes ame a su mujer como a sí mismo, y que la esposa respete a su marido. Hijos, obedezcan a sus padres en el Señor; eso es lo justo. “Honra a tu padre y a tu madre” -es el primer mandamiento que va acompañado de una promesa- para que seas feliz y goces de larga vida en la tierra. Y ustedes, padres, no irriten a sus hijos, sino edúquenlos en la disciplina y la corrección del Señor (Ef 5,21-30.33; 6,1-4).

Mujeres, sométanse a sus maridos, como conviene en el Señor. Maridos, amen a sus esposas y no se disgusten con ellas. Hijos, obedezcan a sus padres en todo, porque eso es agradable al Señor. Padres, no exasperen a sus hijos, no sea que se desanimen (Col 3,18-21).

¿Cuáles serían, análogamente, las relaciones de la familia cristiana -fundamentada en el Sacramento del Matrimonio- con la familia monástica?

El abad hace en el monasterio (familia monástica) las veces de Cristo. Cristo es el esposo. El abad es el padre y el esposo. La comunidad es la esposa y la madre. Ella honra y respeta al abad como la esposa es llamada a obedecer y respetar a su esposo. Así como ve Pablo, en esta relación amor-respeto del matrimonio cristiano, una relación entre Cristo y la

Iglesia, del mismo modo esta relación en la comunidad monástica genera la fecundidad de la vida en Cristo. La comunidad es madre, porque en cuanto vive el misterio de Cristo, genera hijos en Cristo. Todos son hijos de la comunidad monástica por la profesión, como son hijos de la Iglesia por el bautismo. Los hijos son llamados a obedecer al padre (abad) y a la madre (comunidad). La comunidad tiene una “personalidad” que es determinada por la Regla. La madre tiene una función educadora. La comunidad es también formadora. La Regla es tan determinante para identificar a los hijos de la comunidad, que san Benito ordena que todos la tengan como maestra (cf. RB 3,7)¹⁴.

La tercera parte de nuestro capítulo se preocupa de los de menor edad. A ellos se les dispensa un cuidado especial y formativo. Esta formación se hace en vistas a una plena inserción futura en la comunidad. De hecho, los de menor edad son colocados bajo mayor cuidado y disciplina, hasta el momento de insertarse en la comunidad. En la RB 70,4, vemos a San Benito responsabilizar a todos de la diligencia en la disciplina, para educar a los menores de quince años. De este modo, la comunidad-madre es como un útero en donde todas las fuerzas convergen para la generación de un nuevo ser.

3. *Caminando hacia la RB 72*

Evidentemente, las reflexiones hechas en torno a la RB 63 no agotan el discurso de la vida fraterna en nuestra *Regla*. Intentaremos caminar, rápidamente, en la línea creciente que va de la RB 63 hasta el capítulo 72. Las cosas se van tornando tan explícitas que se podría decir que san

¹⁴ A propósito, es interesante la representación del ícono de la Sagrada Familia que el pintor Kiko Argüello hizo como emblema oficial del II Encuentro Mundial de las Familias, realizado en Río de Janeiro en octubre de 1997. Jesús, el hijo, está apoyado en María y José, teniendo en las manos la cruz, símbolo de su misión. Para eso él fue educado por la Virgen que le transmite la Palabra. José, afianzando sus pies, no dice nada, sin embargo es como si estuviese indicando el camino a seguir, pues su faz es la del Siervo Sufriente que tiene las características del rostro estampado en el Santo Sudario. Podemos, en este ícono, comparar a José con el abad: él es figura de aquello que el hijo debe ser, el Cristo que se hace el último (la humildad). José, como el abad, enseña más por sus actitudes que por sus palabras. Por otra parte, José nada habla en los evangelios; es así como el padre de familia debe educar. La Virgen María, la hija de Sión, hija de la comunidad de Israel, figura de la Iglesia y de la comunidad monástica, tórnase madre y maestra por la fidelidad a la Palabra que transmite, así como la comunidad es fiel en transmitir la Regla a sus hijos.

Benito está preocupado por crear una nueva espiritualidad de comunión en la comunidad.

En la RB 64 el abad -quien es el primer responsable por la vida fraterna en la comunidad- es elegido por la propia comunidad. Esta elección es animada por el principio ya presentado en la RB 63: no hay acepción de personas en Cristo. El escogido como abad puede ser incluso el más joven. Lo importante es que el monasterio ("casa de Dios") tenga un administrador digno. Este administrador es quien debe coordinar todas las cosas para que se alcance el objetivo de la vida monástica, la comunión con Dios, que, sin lugar a dudas, tiene su expresión máxima en la comunión fraterna. De este modo, la segunda parte del capítulo presenta la explicación de los criterios para la elección del abad, que están relacionados con la creación de un ambiente fraterno: mejor servir que presidir; ser casto, sobrio, misericordioso; odiar los vicios y amar a los hermanos; y ser prudente sin exceso en la corrección, recordando la propia fragilidad; esforzarse por ser más amado que temido; no ser celoso; ser discreto en sus órdenes, teniendo en cuenta tanto a los fuertes como a los débiles. Finalmente, el monje calificado para ser abad del monasterio debe ser perito en crear lazos fraternos.

El capítulo 65 de la Santa Regla nos presenta al prior del monasterio, mucho más como un peligro para la vida fraterna que como una ayuda. Benito presenta, en primer lugar, sus posibles vicios (no las virtudes): espíritu de orgullo, usurpador del poder del abad, creador de conflictos que generan disensiones en la comunidad. Las consecuencias para la vida fraterna son nefastas: envidias, disputas, diferencias, destituciones, maledicencias, rivalidades. Todo eso pone en peligro no sólo la salvación del prior y de la comunidad, sino también al propio abad. La vida fraterna exige el cuidado de apartarse de los engaños.

El capítulo siguiente, sobre el portero, parece romper la línea creciente. Es apenas una apariencia. Por un lado tenemos el procedimiento metodológico de Benito, que procura seguir la *Regula Magistri*. De hecho, la RB 66 corresponde a la RM 95, último capítulo de esta Regla. Por otro lado, podemos mirar la portería del monasterio como registro de las visitas a la comunidad. El portero es llamado a expresar a los que golpean a la puerta la experiencia fraterna de la comunidad: prontitud en el servicio y expresión de caridad en la respuesta¹⁵.

¹⁵ RB 66: "*semper praesentem inveniant; mox ut aliquis pulsaverit aut pauper clamaverit... respondeat*". "*Et cum omni mansuetudine timoris Dei reddat responsum festinanter cum fervore caritatis*".

El apéndice de la RB (67-73) es, por sí mismo, un ejemplo de la relectura que Benito hace de su propia obra. Colombás dice que en estos capítulos no sería correcto hablar de fuentes propiamente, pero sí de parentesco. No se trata de un hombre que está en constante lectura de las fuentes monásticas, sino de un hombre que tiene experiencia de la vida monástica, de la cual está hablando¹⁶. En estos capítulos, las disposiciones disciplinarias poseen un peculiar compromiso fraterno.

El tema de los que no están en el oratorio en el momento del Oficio Divino es retomado en el capítulo 67, pues Benito ya había hablado al respecto en los capítulos 50 y 51, dando normas precisas. Aquí, en el apéndice, aparece la comunión de la comunidad con los hermanos que viajan: los hermanos se encomiendan a las oraciones de todos y del abad; todos rezarán por ellos cuando vuelvan del viaje. Es la comunión entre los que viajan y la comunidad. Por fin, Benito advierte a los viajeros que no quebranten la comunión con conversaciones indebidas sobre el viaje.

La RB 68 se preocupa por la persona (“Si a un hermano...”). El ideal de la obediencia, expresión del amor a Cristo, ya fue mostrado a lo largo de la Regla. Benito quiere llevar al discípulo a una obediencia perfecta, que es expresión de caridad: “la obediencia descrita por San Benito camina gradual y modestamente, iluminando y esclareciendo”¹⁷. El ritmo de los imperativos conduce didácticamente a la obediencia: *suscipiat, suggerat, sciat, oboediat*. Los complementos adverbiales expresan la obediencia como aprendizaje del amor: *cum omni mansuetudine, patienter et opportune, non superbiendo*. Es el maestro que despierta al discípulo para la caridad. “Como Cristo, que exhaló primero en la oración la angustia de su alma y obedeció enseguida, por amor a Dios y a los hombres, hasta la muerte”¹⁸.

En la *Regla* se advierte constantemente sobre el pecado de presunción. En la RB 69, Benito advierte que tal actitud causará conflictos graves, que traerá como consecuencia la ruptura de la comunión en la comunidad, pues fomenta las divisiones, como ya advirtiera en el capítulo 65. En este capítulo, en relación con los lazos de consaguinidad, se refuerza la idea de que en Cristo somos uno (cf. *Gal* 3,28). En la comunidad, las motivaciones de la vida fraterna son otras.

La presunción es el pecado de Adán: querer ser Dios. Este peca-

¹⁶ COLOMBÁS, G.M. *La Regla de San Benito*, BAC Madrid, 1979, p. 474

¹⁷ DE VOGÜÉ, A., *O que diz Sao Bento, uma releitura da Regra, Vida monástica* 25, Abbaye de Bellefontaine, (traducido al portugués), p. 248.

¹⁸ *Idem*.

do-desobediencia, que consistió en dudar del Amor, generó el desorden. La presunción en la RB 70 radica en querer usurpar lo que es propio del ministerio abacial. De hecho, la determinación inicial del capítulo (“sea vedada en el monasterio toda ocasión de presunción”), se aplica a los que, sin mandato del abad, creen tener derecho a excomulgar y castigar a los hermanos. El abad hace las veces de Cristo, que es Dios. Querer tomar el lugar del abad es querer ser Dios: he aquí el pecado de Adán con todas sus consecuencias actuantes en el ser humano. Los menores son confiados a todos para que sean educados. Los monjes son llamados a ser la comunidad educadora que sabe llevar a los más jóvenes de la disciplina al amor. De hecho, se habla de la diligencia en la disciplina y no de la aplicación de la misma.

Antes de hacer resonar el gran himno bienaventurado de la caridad en la RB 72, Benito quiere destacar que caridad no es sinónimo de desorden y que la obediencia es expresión del amor. Tenemos así algunos puntos a subrayar en la RB 71. La obediencia es un bien. Ella no existe en la comunidad solamente en una dimensión vertical, ya que es expresión de comunión. No estamos en una estructura militar. La obediencia es camino hacia Dios, al cual se sube por la humildad. Este camino es propuesto aquí, de modo especial, a los más jóvenes. Se la prescribe, incluso, hasta la expulsión por contumacia, pues se torna imposible, ante la presunción, crear fraternidad y recorrer el camino del amor.

Llegamos al capítulo 72. Puede ser llamado el testamento espiritual de san Benito y desde su perspectiva se debe leer o releer toda la Regla.

Este capítulo expresa fuertemente las relaciones horizontales en la comunidad. El buen celo es indicado como ideal para todos. La primera parte del capítulo (4-8) habla del amor fraterno, mientras que la segunda (9-11), del amor a Dios, al abad y a Cristo. De la misma manera, tenemos en primer lugar aquello que es ideal a alcanzar por todos, y, en un segundo momento, un punto referencial, hacia donde se mueve todo el dinamismo de la vida fraterna. No sería aquí el caso de discurrir sobre cada aspecto del buen celo. Las expresiones hablan por sí mismas de una vida fraterna en comunidad, en donde reina la caridad.

Sin embargo, no deja de ser interesante la referencia al abad. Si él está incluido en la horizontalidad con los otros hermanos de la comunidad, ¿por qué esta referencia? Tal vez porque, así como el abad debe ejercer el “amor fervorosísimo” para con todos, todos deben hacer lo mismo para con él: anticiparse para honrarlo, pero también soportar pacientísi-

mamente sus debilidades, etc.¹⁹. Amén de eso, si este buen celo es expresión del amor a Cristo, el abad ¿no hace las veces de Cristo?

El abad está en el centro, como núcleo principal de estas máximas que se refieren al amor de Dios. Dios manifiesta su proyecto de amor en su Hijo Jesucristo, expresión palpable de su amor de Padre. Ahora bien, el abad hace en el monasterio las veces de Cristo. Cuando él es amado, Cristo es amado, Dios es amado. Cuando un abad es amado, existe en la comunidad la oportunidad de un amor fraterno. Quizás sea por eso que San Benito recomienda al abad que se esfuerce por ser más amado que temido. Una vez más recae sobre el abad la calidad del amor fraterno en la comunidad: la calidad de la espiritualidad de comunión.

Dice Colombás con respecto al término “celo”: «El término *zelus* empleado por san Benito viene del griego *zelos*, que a su vez deriva de una raíz que significa “estar caliente”, “estar en ebullición”. El celo, pues, es una pasión..., traducir *zelus* por “ardor” o “violencia”»²⁰. Bien, esta posible traducción no debería causar espanto si se la relaciona con el amor. El mismo Jesús dijo que solamente los violentos heredarán el Reino. Esta violencia se traduce en aquello que Jesús vivenció y predicó en el Amor. San Benito pide en el versículo 3 un “amor fervorosísimo”, un amor en ebullición. Este superlativo es significativo, como todos en la RB. La “rivalidad” pedida por san Benito suena como un desafío para una violenta batalla: que yo pueda tener tal dinamismo en el amor fraterno que conquiste, junto con mi hermano, la vida eterna.

4. Un instrumento de ayuda en la relectura de la vida fraterna en la RB

Creo que la Instrucción “Caminar desde Cristo”, publicada en mayo de este año por la Congregación para los Institutos de Vida Consagrada y Sociedades de Vida Apostólica, puede ayudar a nuestra reflexión sobre la vida fraterna. La Instrucción afirma que “*el llamamiento más importante que se ha querido recoger es el de un renovado compromiso en la vida espiritual, caminando desde Cristo... y viviendo en particular la espirituali-*

¹⁹ Cf. BÖCKMANN, A. *Perspectivas da Regra de Sao Bento*, Lumen Christi, Río de Janeiro, p. 103.

²⁰ COLOMBÁS, G. M., op. cit., p. 492.

dad de comunión" (n. 4)²¹. "Si la vida espiritual debe ocupar el primer lugar en el programa de las Familias de vida consagrada, deberá ser ante todo una espiritualidad de comunión, como corresponde al momento presente: Hacer de la Iglesia la casa y la escuela de la comunión: éste es el gran desafío que tenemos ante nosotros en el milenio que comienza, si queremos ser fieles a los designios de Dios y responder también a las profundas esperanzas del mundo. (...) Se pide a las personas consagradas -se lee en "Vita Consecrata"-, que sean verdaderamente expertas en comunión, y que vivan la respectiva espiritualidad como testigos y artífices de aquel proyecto de comunión que constituye la cima de la historia del hombre según Dios" (n. 28). "En definitiva, la vida consagrada exige una renovada tensión a la santidad que, en la simplicidad de la vida de cada día, tenga como fin el radicalismo del sermón de la montaña, del amor exigente, vivido en una relación personal con el Señor, en la vida de comunión fraterna, en el servicio a cada hombre y a cada mujer" (n. 20).

Esta espiritualidad de comunión no brota de acontecimientos especiales. Es allí, en lo cotidiano de nuestras comunidades, en donde ella tiene "espacio" para desarrollarse. "Precisamente en la simplicidad de lo cotidiano, la vida consagrada crece en progresiva maduración, para tornarse anuncio de un modo de vivir alternativo al del mundo y al de la cultura dominante" (n. 6).

Concretamente, ¿qué sería esta espiritualidad de comunión? Dejemos hablar al texto.

"Pero ¿qué es la espiritualidad de comunión? (...) en primer lugar, tener la mirada del corazón vuelta hacia el misterio de la Trinidad, (...) Espiritualidad de comunión significa también la capacidad de sentir al hermano de fe en la unidad profunda del Cuerpo Místico, a saber, como uno que forma parte de mí (...) Algunas consecuencias aplicables al modo de sentir y de actuar: compartir las alegrías y los sufrimientos de los hermanos para intuir sus anhelos y atender sus necesidades, para ofrecerles una verdadera y profunda amistad. Espiritualidad de comunión es incluso la capacidad de ver, sobre todo, lo que hay de positivo en el otro, para acogerlo y valorizarlo como don de Dios, y saber crear un espacio para el hermano, llevando los fardos unos de otros. Sin este camino espiritual, de poco servirán los instrumentos exteriores de la comunión" (n. 29).

²¹ Todos los números colocados entre paréntesis, en esta parte del texto, son de la Instrucción "Partir de Cristo".

Me gustaría destacar, aún, algunos puntos tomados de diferentes partes de la Instrucción, y que se encuadran en el tema que estamos abordando.

La calidad de la vida espiritual es lo que lleva a la espiritualidad de comunión

- Las comunidades monásticas, en su cotidianidad, están fuertemente marcadas por la dimensión contemplativa de la vida consagrada. Sin embargo, no dejan de sentir la influencia de la “progresiva crisis religiosa” que se manifiesta en la sociedad. *Tenemos en nuestras comunidades la tentación de una mediocridad en la vida espiritual, de un aburguesamiento, de una mentalidad consumista (...) de un eficientismo y de un activismo* (cf. n. 12).
- Cuando se cede a estas tentaciones, la comunidad queda en un segundo plano, y pasan al primer lugar los proyectos personales. *Si prevalecen los proyectos personales sobre los comunitarios puede lesionarse profundamente la comunión de la fraternidad*” (n. 12).
- ¿Qué es lo que concretiza la “calidad” de la vida espiritual? Partir de Cristo. *“Como recuerda la Exhortación Apostólica “Vita Consecrata”, se trata de la experiencia de compartir, gracia especial de intimidad, de identificarse con Él, asumiendo sus sentimientos y su forma de vida; es una vida cautivada por Cristo, vida tocada por las manos de Cristo, alcanzada por su voz, sustentada por su gracia; (...) la vida fraterna es motivada por Él, que convoca junto a sí, y tiene su objetivo en gozar de su constante presencia...”* (n. 24).

Comunidad: lugar de fraternidad

- Dice la Instrucción: *“Recuérdese también que en la actualidad las comunidades de vida consagrada tienen la misión de fomentar la espiritualidad de comunión, primero en su seno y luego en la propia comunidad eclesial y más allá de sus confines, iniciando o retomando incesantemente el diálogo de la caridad, sobre todo en los lugares donde el mundo actual aparece desgarrado por el odio étnico o por locuras homicidas”* (n. 28).
- La comunión crece compartiendo la vida. No se trata de compartir el mismo techo y los bienes materiales, pero con las normas inspiradas en el Evangelio. La comunión de bienes no es punto de partida; es, primero, punto de llega-

da al que se acercan los alimentados por un ideal evangélico. Siempre se debe partir de Cristo, Palabra Eterna del Padre. *“La vida fraterna en común favorece también el redescubrimiento de la dimensión eclesial de la Palabra: acogerla, meditarla, vivirla juntos, comunicar las experiencias que de ella surgen y así avanzar en una auténtica espiritualidad de comunión”* (n. 24).

- Me acuerdo de un hecho relatado por un conferencista en el Simposio “Cister Hoy y Mañana”, realizado en 1999 en San José de Río Pardo. Nos contaba él que un señor, de visita en su monasterio, al sentir y experimentar el silencio y ver a aquellos hombres de diferentes edades viviendo en oración y en trabajo, exclamó: “¡Qué ambiente sagrado! Ustedes deben compartir todos los días tantas cosas espirituales, frutos del constante contacto con la Palabra de Dios, mientras que nosotros, en este mundo turbulento, vivimos juzgando a los otros y murmurando contra todo”. Da para pensar... ¿qué es lo que estamos compartiendo de la Palabra, que es acontecimiento?
- A causa de tu Palabra, *lanzaré las redes*. Ésta es la respuesta al desafío *¡Duc in altum!* (Lc 5,4) de Jesús a Pedro, que el Papa Juan Pablo II hizo célebre, haciéndola resonar en la Iglesia, a través de la Carta Apostólica *Novo Millennio Ineunte*, y que la Instrucción coloca como motivación para toda su reflexión (cf. n. 1). En nuestras comunidades también estamos reunidos a causa de la Palabra, y somos llevados a hacer un camino de obediencia. Si no tenemos viva esta Palabra en medio nuestro, es humanamente imposible crear fraternidad y espiritualidad de comunión. Las normas, las estructuras y la propia Regla de nada servirían. La fe nace de la Palabra. “La fe viene de la predicación”. Obedecer, discernir comunitariamente, caminar juntos, son actos de fe. Compartir y vivenciar la Palabra de Dios protege a la comunidad del riesgo del individualismo, que perjudica la espiritualidad de comunión en las comunidades. La Instrucción alerta sobre esto: *“Existe el riesgo de que las opciones subjetivas, los proyectos individuales y las orientaciones locales vengan a sobreponerse a la Regla, al estilo de vida comunitaria y al proyecto apostólico del Instituto. Se hace necesario un diálogo formativo capaz de acoger las características humanas,*

sociales y espirituales de cada uno, discerniendo los límites humanos que piden la superación y las provocaciones del Espíritu, capaces de renovar la vida del individuo y del mismo Instituto" (n. 18).

El superior: primer animador de la espiritualidad de comunión

- La misión del superior *"requiere una constante presencia, capaz de animar y de proponer, de recordar la razón de ser de la vida consagrada, y de ayudar a las personas que le fueron confiadas en el sentido de una fidelidad siempre renovada al llamado del Espíritu. Ningún superior puede renunciar a su misión de animación, de ayuda fraterna, de propuesta, de escucha, de diálogo. Sólo así toda la comunidad podrá encontrarse unida en la plena fraternidad y en el servicio apostólico y ministerial (...) Autoridad creadora de unidad, autoridad que sabe tomar la decisión final y garantizar su ejecución"* (n. 14).
- Si la Palabra nos convoca, ilumina, integra y reconcilia, ella también nos hace co-responsables en la construcción de la fraternidad y en nuestros proyectos comunitarios. *"A cada uno de sus miembros se le pide una participación convencida y personal en la vida y en la misión de la propia comunidad (...) El camino cotidiano de la vida fraterna en comunidad pide una participación que permite el ejercicio del diálogo y del discernimiento (...) La corresponsabilidad y la participación se ejercen también en los diversos tipos de consejos, a varios niveles, lugares en los que debe reinar de tal modo la plena comunión, que se perciba la constante presencia del Señor que ilumina y guía. El Santo Padre no ha dudado en recordar la 'antigua sabiduría' de la tradición monástica para un recto y concreto ejercicio de la espiritualidad de comunión, que promueve y asegura la activa participación de todos"* (n. 14).
- Aquí la Instrucción está hablando de la cita de RB 3,3 en *Novo Millennio Ineunte* (NMI): *«Es significativo lo que San Benito recuerda al abad del monasterio, al invitarlo a consultar también a los más jóvenes: "Dios inspira con frecuencia al más joven lo que es mejor"»* (NMI 45).
- No sabría explicar la génesis de esta cita de la RB en la NMI. Lo cierto es que está citada en el contexto del cap. IV de la NMI: *"Testigos del Amor"* y dentro de un conjunto de números que habla de la espiritualidad de comunión (cf. NMI 43-

45). El capítulo benedictino es colocado como modelo de la espiritualidad de comunión para toda la Iglesia, queriendo así el Papa enseñar que la relación entre pastores y fieles no es simplemente de obediencia legalista, sino de escucha para que haya comunión.

- A propósito, sabemos de la importancia de este capítulo en la RB. Lo que en la RM era sólo un apéndice al directorio del abad, se torna un capítulo aparte en la RB. El abad aparece aquí, una vez más, como un “arbitrario” que no debe cometer “arbitrariedades”. Él es el vínculo de comunión. Debe oír para sondear e interpretar los designios de Dios. No se trata sólo de cumplir un artículo de las Constituciones, sino de un acto de fe, de temor de Dios. Tiene que escuchar para construir lazos de comunión en la comunidad.
- Podemos detectar una relación entre la RB 63 y la RB 3. El orden de la comunidad está en función de la espiritualidad de comunión, así como los hermanos llamados a consejo son artífices de la misma espiritualidad de comunión.
- No sabría decir hasta qué punto la Conferencia 16 de Casiano, sobre la amistad, sería una fuente para estos dos capítulos. Con todo, podemos tenerla aquí como telón de fondo para nuestra reflexión. Los hermanos viven en el monasterio ligados no únicamente por ataduras humanas que pueden fácilmente ser deshechas (cf. *Colac.* 16,1-2), sino para buscar la virtud, el verdadero amor, que es Cristo (cf. *Colac.* 16,3). Siendo así, Cristo, en su *kênosis*, es el modelo para la comunión. Despojarse de sí mismo es la condición necesaria para oír al otro -incluso a los más jóvenes- y realizar la comunión en la verdad (cf. *Colac.* 16,10-12). El amor-ágape es un don (cf. *Colac.* 16,13) y es posible a todos. Podemos, en la gracia, amar a todos los hombres, tener una vida de oblación por todos ellos. Pero el amor-*diáthesis*, el amor de afección, sólo puede ser compartido con pocos, con quienes se está unido en la misma *conversatio*. Esto no significa una caridad fingida o no casta, sino una experiencia concreta de amor, en un lugar concreto, que después se expande en ágape a todos los hombres (cf. *Colac.* 16,14). La comunidad monástica es, para nosotros, el lugar donde se debe vivir y hacer crecer este amor. La corresponsabilidad

antes mencionada presupone y exige la vivencia de este amor.

- Volviendo a la cuestión de la autoridad, el abad, el superior, el animador de la espiritualidad de comunión, tiene -como todos los hermanos- que vivir esta *kênosis* de Jesús para poder escuchar. Esto es muy difícil. Sin embargo, es condición para crear la espiritualidad de comunión en la comunidad.

Comunidad formadora de la espiritualidad de comunión

- El capítulo 63 de la RB hace un convite a los más jóvenes. Antes se hizo la comparación de la comunidad monástica como “madre” que genera y educa. La Instrucción en el n. 16 dice: *“El camino maestro de la promoción vocacional a la vida consagrada es el que el mismo Señor inició, cuando dijo a los apóstoles Juan y Andrés: ‘Venid y veréis’ (Jn 1,39). Este encuentro, acompañado por el compartir la vida, exige a las personas consagradas que vivan profundamente su consagración, para que sean un signo visible de la alegría que Dios da a quien escucha su llamado. De ahí la necesidad de comunidades acogedoras y capaces de compartir su ideal de vida con los jóvenes, dejándose interpelear por sus exigencias de autenticidad, dispuestas a caminar con ellos”.*
- Ya vimos, en el n. 6 de la Instrucción, la necesidad de la vida consagrada de tornarse *“anuncio de un modo de vivir alternativo a los del mundo y de la cultura dominante”* Quien “viene” a nuestros monasterios quiere “ver” esta propuesta nueva que se realiza en Jesucristo. Nuestras comunidades son convocadas a ser este Jesús que llama a sus vocaciones para que sean formados, configurados a imagen de aquel que llama y prepara para la misión. Nuestro estilo de vida es un anuncio para el mundo. Nuestras vocaciones deben venir y ver el amor que puede dar una noticia transformadora y liberadora para nuestra generación. *“Una existencia transfigurada por los consejos evangélicos se convierte en testimonio profético y silencioso (...) y despierta una nueva imaginación de la caridad (...) En el momento en que se invoca una nueva imaginación de la caridad y una auténtica prueba y confirmación de la caridad de la palabra con la de las obras, la vida consagrada mira con admiración la creatividad apostólica que ha hecho florecer los*

mil rostros de la caridad y de la santidad en formas específicas; aún no deja de sentir la urgencia de continuar, con la creatividad del Espíritu, sorprendiendo al mundo con nuevas formas de activo amor evangélico ante las necesidades de nuestro tiempo" (ns. 33.36). Nuestra formación debe generar un espíritu nuevo en los corazones de nuestros monjes y monjas para que puedan, como san Benito, ver el mundo entero en un rayo de luz. No se trata de un desprecio hostil del mundo y de las personas que consideramos "mundanas", sino acoger toda esta realidad, para la cual Jesús derramó su sangre, en una nueva luz.

- No se podría dejar de destacar en esta reflexión sobre la comunidad formadora de la espiritualidad de comunión, la educación para el perdón y la reconciliación verdaderamente cristianos que, sin lugar a dudas, la RB enseña. Así como san Benito cuidó de colocar en la *Regla* un código penal para ayudar a crecer a la comunidad en la conversión, en el perdón, en la reconciliación y en la humildad, y lo colocó en un lugar preciso, como el corazón de la *Regla*, así también nosotros deberíamos hacer aquí toda una reflexión aparte, que el tiempo no permitiría ahora. Entretanto, apenas una reflexión para introducir esta nota importantísima para la vida fraterna.
- Ya comprobamos que la Instrucción en el n. 28 llama la atención de la vida consagrada, para que en la vivencia de la caridad sea un testimonio para "*el mundo de hoy dilacerado por el odio racial y por locuras homicidas*". Es situación gravísima en nuestras comunidades que haya tensiones que originen odio y un cerrarse a la reconciliación. Evidentemente que es imposible que no haya alguna tensión. Es hasta bueno que acontezcan, ya que nos ayudan a crecer. Lo que impide el crecimiento es el cerrarse a un espíritu verdaderamente cristiano, dispuesto a perdonar y a reconciliarse. Pensemos en algunos casos que podemos conocer en nuestras comunidades o en otras: hermanos que llegan a agredirse físicamente y no asumen su error, persecuciones y murmuraciones alimentadas por la envidia, hermanos que pasan años sin hablarse y sin desearse la paz, etc. ¿Cómo es posible, ante de estas y otras situaciones semejantes, formar para la comunión? Aquí, más de una

vez, cabe evocar el rol de autoridad del superior que, como dice la Instrucción, “*afirma, ilumina, convoca, integra y reconcilia*” (n. 7).

Concluyendo

Toda esta reflexión surgió, en primer lugar, ante las inquietudes y llamados que salen de mi propia comunidad. Quiero destacar estos puntos, pues pueden ayudar a reflexionar a tantas otras comunidades:

- Existe una dificultad en captar inmediatamente en la RB la propuesta de vida fraterna de San Benito.
- Se escucha la *Regla*, muchas veces, sólo con oídos legalistas. Los problemas que aparecen repetidamente en la relación fraterna, llevan a encontrar soluciones con sello legalista: “se debe”, “tiene que hacerse”, etc. Es una ley que va a resolver el problema. No se habla de conversión, no se habla de una espiritualidad de comunión; se habla mucho en términos legalistas, lo cual encierra el peligro de caer en un fariseísmo.
- Es necesario asumir el discurso sobre la vida fraterna, como algo de capital importancia en la vida de la comunidad. El no volver a retomar un asunto hace perder la perspectiva de la fraternidad, como don y testimonio fundamental de la vida monástica.
- La calidad de la vida fraterna debe ser siempre evaluada puesto que muchas heridas quedan abiertas, no se cicatrizan fácilmente, como podría parecer.
- Mucho se espera del abad, sea por reconocimiento de su carisma, o por “comodismo” para enfrentar situaciones, y buscar soluciones en comunión.

Otro punto conclusivo -tal vez cargado de subjetividad- es que sobre el superior de la comunidad pesa la gran carga de hacerla crecer en comunión. Esto fue brotando de mi reflexión sobre el tema. Algunas veces quise intentar otro camino, pero por fin la Instrucción me hizo retomar la senda y darme cuenta realmente de esta verdad.

Finalmente, creo que no deberíamos dar nada por concluido. Esta temática es un desafío para el nuevo milenio. Estoy seguro de que siempre será un desafío evangelizador. Sólo la vivencia del amor fraterno y de la unidad, podrán dar al mundo el testimonio de Cristo resucitado. Esta

cuestión debe estar siempre abierta, pues la fraternidad exige un dinamismo. Éste, a su vez, exige la verdad: verdad de nuestros sentimientos, transparencia en lo que nos decimos unos a otros, verdad en la corrección fraterna, verdad en aquello que se viene a buscar al monasterio. *La verdad los hará libres.*

Abadia Nossa Senhora de São Bernardo
Praça Mgr. Guilherme Arnould, 51
C. P. 71
13720-000 São José do Rio Pardo
SP - BRASIL